



Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

LLOVIENDO



Yo no sé lo que tiene
la media negra,
que á todos entristece
y a mi me alegra

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, VIII, por José Estremera.—¿Bacno está el arte!, por Juan Pérez Zúñiga.—Cosas, por Antonio Peña y Guál.—Un ejemplo, por Angel R. Cervera.—La mar en casa, por José Jackson Veyan.—Amorosas, por Simón Delgado.—Consejo, por José Borrás.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Lloviendo.—Actualidades, por Cilla.—Costumbres del Japón, por Escaler.—Anuncios, por Cilla.



En el tren.

Acabo de dejar á Figueira, firmemente convencido de que la unión entre España y Portugal se impone. Antes de partir me han estrechado contra su seno varios *figueirenses*, asegurándome que me quieren muchísimo. Éste ya es un dato para demostrar que la unión ibérica está al caer.

No es de esta opinión, sin embargo, una viuda que viaja en nuestro mismo coche, y me ha sido recomendada por un mi amigo para que la atienda y cuide durante el trayecto.

La viuda viene echando pestes contra Portugal, y todo porque un portugués le pidió relaciones en el Casino Mondego y ella le dijo que sí, y cuando estaban en el período de las confianzas y ella le había dado un mechón de pelo y dos varas de lana dulce para que se hiciera un pantalón en su nombre, resultó que el tal portugués estaba casado en Povoá de Barzin con una brasileña verde bronce.

La viuda lo supo y le armó un escándalo en la playa, estando él en calzoncillos de baño. Al pobre hombre todo se le volvía decir:

—Deje usted que me vista y hablaremos.

—¡Pillo! ¡Sin vergüenza!—contestaba la viuda.

Entonces él, como no podía discutir en paños menores, fué y se metió dentro de una cesta que emplean los bañeros para guardar los trajes de sus parroquianos, y desde allí comenzó á disculparse.

—Tranquícese usted, Casiana—decía el pobre sacando la cabeza.—Yo estoy dispuesto á hacer toda clase de sacrificios por usted. Es verdad que soy casado, pero como si no lo fuera, porque mi esposa está baldada de medio cuerpo arriba y el mejor día se me muere.

Aquello tranquilizó un poco á la viuda, pero después supo que todo era mentira y que la brasileña tiene sanos todos los remos y no piensa en morirse por ahora.

Desde que salimos de Figueira la viuda no hace más que suspirar, recordando á aquel picaro y jurando vengarse. Yo procuro tranquilizarla, pero no puedo, porque es mujer de carácter vehemente y á todos mis argumentos opone otros relacionados con el corazón.

—Le confieso á usted francamente que ese hombre me interesaba mucho—dice ella, poniendo los ojos en blanco,—y estaba dispuesta á hacer por él todo lo posible. En cuanto le vi las rodilleras del pantalón, me faltó tiempo para regalarle la lana dulce, y estaba á punto de comprarle un sombrero de paja cuando conocí su falsía.

La viuda por un lado, y por otro lo molesto del viaje, me producen una desesperación horrible.

En este momento el tren recorre la pintoresca provincia de Cáceres, salpicada de alcornocos simbólicos.

El sol penetra por las ventanillas y nos baña en su lumbré maravillosa; tratamos de bajar las cortinillas azules para librarnos de la calefacción solar, y las cortinas se resisten á nuestro deseo.

El muelle no funciona. ¡Qué magnífico material posee la compañía de ferrocarriles!

Á todo esto la viuda se nos pone mala, desplomándose sobre un diputado provincial que se dirige á Plasencia y viene todo el camino pronunciándonos discursos. Al sentirse apabullado quiere huir, pero tropieza con un saco de noche y va á caer de bruces contra una ventanilla, sacando la cabeza por el cristal.

Momentos después el tren se detiene y yo tengo que bajarme en busca de agua fresca para la viuda. Entro en la estación, cajo un cacharro que encuentro sobre una mesa y lo aplico á los labios de la viuda, diciéndole:

—Beba usted, beba usted, señora.

Ella bebe y comienza á escupir y á lanzar maldiciones.

Aquello no es agua; es engrudo del que usan los mozos para pegar las etiquetas de los equipajes; pero la medicina ha surtido sus efectos, y la viuda vuelve en sí. En todas las estaciones se baja, penetra en un cuartito cuyo nombre ignoro, y regresa al coche pálida, pero satisfecha de su obra.

Es que la enfermedad moral que venía padeciendo ha hecho crisis. Al principio todo su mal residía en el corazón; ahora se le ha bajado al vientre, y poco á poco se va resolviendo en sentido favorable.

—¡La Bazagona! ¡Dos minutos!—grita el empleado del tren.

—¿Tendré tiempo de bajar aquí?—pregunta la viuda.

Y antes de recibir la respuesta se lanza hacia el cuartito de que ya hemos hablado, y allí permanece ocho ó diez segundos á solas consigo misma y con sus recuerdos.

Para ayudarle á subir al tren tengo yo que cogerla por los hombros, mientras el mozo de la estación le empuja por detrás, hasta arrojarla dentro del coche, como si fuera un fardo.

¡Jesús, qué viuda más impertinente!

En la estación de Naval Moral, donde el tren se detiene algunos minutos, pregunta si hay *hiznuto* y *carro de Vivas Pérez*, para tomarlo allí mismo.

—Aquí no hay eso—le contestan,—pero vende una guitarra muy buena un guarda-aguja.

—¿Qué dice este hombre?—exclama la viuda.

—Ha entendido sin duda que le pedía usted un instrumento músico—le digo.

—Pues yo no puedo seguir así—replica ella.—Temó que llegue un momento en que no sea dueña de mí misma...

Y efectivamente, llegó el terrible momento, á juzgar por los ojos espantados de la pobre señora y por otros síntomas que no son para dichos, y arribamos á Talavera en medio de los sollozos ahogados de la viuda y de la desesperación de sus compañeros de coche.

Aquí le aguarda una familia cariñosa que no hace más que verla y prorrumpen en gritos de júbilo.

—Casianita, ¿qué tal?

—¿Te han probado bien aquellos aires?

—Deja que te demos un abrazo.

—No, no—dice ella rechazando las caricias.

—Pues acepta este melón para el viaje.

Ella, al ver el melón, palidece, y para no soportar su presencia, lo coloca en la rejilla del coche, tapándolo con el sombrero hongo de un viajero.

Después aplica los labios al oído de la del melón y pronuncia algunas frases entrecortadas.

—¿Será posible?—exclama ésta, y trasmite el recado á todos los demás miembros de la familia, uno por uno. Ellos se sorprenden, pero guardan silencio, y la viuda agradece aquella actitud de sus amigos y dirige los ojos al cielo.

Las cuatro horas que invierte el tren en recorrer el camino de Talavera á Madrid las dedica la viuda á meditar sobre su triste suerte.

¡Ah! ¿Por qué estuvo en Figueira? ¿Por qué prestó oídos á las lisonjas del portugués alevoso? ¿Por qué no tomó sus precauciones antes de meterse en el tren?

Acabamos de echar pie á tierra en la estación de Madrid. La viuda se despide de nosotros y nos ofrece su casa, que no pensamos visitar.

Yo me dirijo á la mía para reponerme de las molestias del viaje y poder seguir, con la ayuda de Dios, dando jaquecas todas las semanas á los lectores del MADRID COMICO.

LUIS TABOADA.

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

VIII

Yo escribo de esta manera: tengo una idea ligera del asunto de mi obrilla, y encabezo una cuartilla poniendo: ESCENA PRIMERA.

Y sin pararme á pensar el plan de todo mi cuento, comienzo ya á dialogar como si en aquel momento se fuera á representar.

Ya la escena terminó; salió *cómo corriente*. La leo; me gusta... ¿y qué? ¡Si todavía no sé qué pasará en la siguiente!

¡Debe marcharse Melchor y quedarse Nicanora! No; tal vez sea mejor que haya una escena de amor entre Jacinto y Teodora.

Pinto al margen un monito; me levanto, me paseo, me paro, recapécito; después nuevamente leo en voz alta lo que he escrito; y así paso el tiempo en flores, y al cabo de media hora decido que no haya amores entre Jacinto y Teodora, sino entre Juan y Dolores.

¡Justo! Los dos pintarán su mutua pasión profunda... y ¡qué cosas se dirán!... Y escribo: ESCENA SEGUNDA. DOLORES y luego JUAN.

Se dicen frases melosas y tiernas y cariñosas, ó bien se cuentan sus penas... Y con todas esas cosas yo ya tengo dos escenas.

Y con otras dos ó tres concluyo la exposición. La leo á ver qué tal es, y, con gran satisfacción, hallo que tiene interés.

La trama es lo que me da más trabajo. Me precisa ir enredándola ya. Pues me tumbó en el sofá y fumo mucho y deprisa.

¡Me gusta lo que imagino! Pues á apuntarlo, ¡pardiez!... ¡Pero suele en el camino parecerme un desatino! Desisto.—¡Al sofá otra vez!

Me levanto, porque siento en mí una inquietud de ardilla. Andó... paro... y si me siento

en una silla, al momento tengo que cambiar de silla; en mí ni un músculo para, me froto las manos con febril precipitación, como si me las lavara con invisible jabón.

Ya se me ocurrió una frase... ¡No es muy buena, pero... pase! ¡Andando, á escribirla ya!... ¡Conviene que Juan se case! Hay que pensarlo.—¡Al sofá!

Luego creo que es mejor que Melchor ame á Dolores y Teodora ame á Melchor, y que intervenga un tutor que se oponga á estos amores.

Y después de meditar con un trabajo infinito, veo con hondo pesar que no puedo aprovechar nada de lo que hay escrito.

Sintiendo una decepción ante tamaño tropiezo, me armó de resignación, y al día siguiente empleo de nuevo la exposición!

Rasgo la labor entera. Bueno; y como si no hubiera nada escrito anteriormente, de nuevo, triste y paciente, escribo: ESCENA PRIMERA.

Tal es mi modo de ser, y borrando lo de ayer y volviéndolo á hacer hoy, autor Penélope soy en tejer y destejer.

Y á veces adelantando, y á veces retrocediendo, voy mi obrilla terminando, ya escribiendo, ya luchando, ya pensando, ya rompiendo.

Tras difícil gestación al fin un día consigo escribir: CAE EL TELÓN. Leo la obrilla á un amigo, no me gusta y ¡al cajón!

Y allí resignada espera la infeliz, con más de cuatro que escribí de igual manera, que me dé la ventolera de llevármela al teatro.

Hago mal, á no dudar, y bien quisiera cambiar de sistema; mas no puedo, porque tengo mucho miedo; no lo puedo remediar.

JOSÉ ESTREMEIRA.

¡BUENO ESTÁ EL ARTE!

Hoy día, toda joven medio decente tiene su pianito correspondiente. Mas para cada alumna, según mi cuenta, hay cuatro profesores, si no hay cuarenta.

La competencia es grande, y así se explica lo que padece el pobre señor Malpica, profesor de las hijas de don Rodrigo Lamparón de Manteca, mi buen amigo.

Sólo por tres pesetas á la semana da lección de piano por la mañana á Idefonsa, Ruperta, Bruna y Fabricia y, por la tarde á Rufa, Tecla y Patricia.

Item más: si dan bailes las de Manteca, toca valsos y polkas de Straus y Chueca, y en tanto que descansa la gente joven, toca piezas de Weber ó de Beethoven.

Mas como hay tanto *genio* que se dedica á enseñar por dos cuartos, tiene Malpica que extender sus servicios de una manera que sería humillante para cualquiera, pues no cuida tan sólo del instrumento y le afina las cuerdas en un momento y barniza sus patas en cualquier rato, si es que en ellas las uñas se afila el gato, sino que á veces, dando tregua á las notas, corta el pelo á Manteca, limpia las botas,

compra piezas de baile nuevas y usadas y proporciona novios á las criadas. ¡Pobres de los artistas! Porque, á ese paso, muy fácilmente puede llegar el caso de que inserte este anuncio cualquier maestro, aunque en cuestión de solfa pase por diestro:

«Lección á domicilio.—Don Juan Pedalé da lección de piano por cinco reales con mes, elegancia y economía, y si hay niños de pecho, también los cria.»

¡Cuerno! ¡Cómo está el arte! ¡De qué manera! ¡Bien lo dice la chica de mi portera, que va al Conservatorio, toca á sus anchas... y tiene la escalera llena de manchas!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

COSTUMBRES DEL JAPÓN



COSAS

—¡A perro chico! ¡Vale dos reales! ¡Vaya un libro! ¡La joven del caudado!

Así gritaban, hace días, unos chicuelos, corriendo por las calles de Madrid y ofreciendo á los transeuntes un diminuto folleto.

¡La joven del caudado! Creo que ha sido el único acontecimiento del estío, lo más apetitoso de la siega.

Se habló mucho y se comentó sabrosamente un hecho que se presta como pocos á críticas maliciosas.

Pasó el suceso, se ennobeció el caudado, y la joven víctima de la herrumbre impía cedió el paso á los *boniments* de Sagasta, á la *Marsellesa* de Rouget-Costaes y á la boda de la hija de Fras-cuelo.

La cosa es, por lo tanto, un ídem fiambre; pero quince céntimos de erudición no son fiambre nunca, y mucho menos cuando se trata de materias y materiales tan sugestivos como los presentes.

¿Quieren ustedes saber, por si alguien lo ignora, curiosos detalles acerca de los caudados en cuestión?

Véase la clase.

**

El uso del dulce artefacto data de la más remota antigüedad, de una antigüedad tan remota, que hay quien asegura que el libidinoso Salomón, monarca de Israel una barbaridad de años antes

ACTUALIDADES



—Cuarenta y seis mil pesetas con tus compañeros vales; ¡que son nueve mil doscientos cubiertos de á veinte reales!



—...y sin embargo, ¡ah, señores! el genio del gran descubridor triunfó de aquellas olas imponentes, misteriosas, rudas, negras, ásperas, violentas, traidoras, terribles, inexploradas.....



—¡Mi mé iban á contratar pa las corridas del centenario, ¡sabe el! pero no he querido hacer sombra á Lagartijo, ahora que está retirarse, y me he ajustao de salvaje tercero.....



—¡Que si podría usted ocupar dignamente el sitio de Isabel la Católica? ¡Ya lo creo! ¡Y el de toda su familia, si la apuraban á usted un poco!



—¿Usted no había dicho que la boda sería una vez pasadas las fiestas del centenario de Colón?
—Sí, señora, pero me refería al quinto.



—Si yo fuera Colón y tú la virgen América, ¡mira qué buena ocasión se me presentaba!
—¿De qué?
—De descubrirte.



—¿De modo que hay otra reforma en el uniforme?
—Sí, pero ya sabes lo que dice Bosch: que todavía ahorramos dinero.



—Pues yo me le arregiaba mejor; porque aprovecho la C de Calderón, y con poner Colón... como son consonantes!...
—Pero, faltará una sílaba.
—No, cuando llega el caso, meto un ¡ay! en medio.

de Jesucristo, sacó á pública subasta la construcción S. G. D. G. de mil candados para adornar de las setecientas mujeres y trescientas conchubinas con que el sabio rey de los Proverbios luchaba contra las amarguras de la existencia.

No hablemos de los pueblos bárbaros de Oriente, que ponían á las señoras el candado como se coloca al burro el ronzal.

Pasemos por alto el *sigillum pudicitiae* de los romanos y el entronizamiento del candado en Italia, donde estuvo ¡¡de moda!! durante algunos siglos de la Edad Media.

Para modernizar el asunto en lo posible hay que dar un salto desde el regimiento femenino de Salomón hasta el *Escuadrón volante* de Catalina de Médici, desde los monarcas de Judea hasta los Valois, y detenerse en la corte de Enrique III de Francia, un burdel regido por el perdido más grande que ha habido en la cristiandad.

* *

El cinturón de castidad ó el candado de seguridad, que de las dos maneras se llamaba, fué importado á París entonces, á fines del siglo décimosexto, por un quincallero que se puso á vender tranquilamente la mercancía en la feria de San Germán.

Epoca de supina depravación, de la cual no me atrevo á entrar en pormenores, era la más apropiada para que el quincallero realizase un negocio redondo, como así sucedió.

Los candados eran de hierro, rodeaban la cintura, se cerraban herméticamente con llave, y tales garantías ofrecían al objeto que se proponía el consumidor, que...

¡Quien quiera saber más que lea la *Vie des dames galantes*, de Brantome, un abate de primera, secretario de Margarita de Valois y émulo de Boccaccio, por si ustedes quieren leer su clásica obra!

Los maridos celosos adoptaron inmediatamente el instrumento de tortura, á cuyo uso tuvieron que plegarse, *velis nolis*, las esposas casquivanas.

Pero si éstas soportaban á la fuerza y refunfunando yugo tan terrible, las castas doncellas sometíanse, en cambio, á él voluntariamente y con placer, en holocausto al amor que nutrían por los apuestos garzones de la época.

Así es que no había doncel que abandonase por breve tiempo á su amada sin llevarse la llave del candado, como quien se lleva la de los caudales ó la del contador del gas.

* *

Y es fama que aquellas candidas palomas decían á sus palomos respectivos:

—Toma la llave, monjín, y no la pierdas. Y anda con Dios, sin temores ni recelos, que la flor de mi inocencia queda aquí bien resguardada.

Á lo cual contestaría probablemente el doncel:

—¡Ni las moscas!

¡Error, grave error! Porque hecha la ley, hecha la trampa, y entonces debía de haber en París unas moscas parecidas á las que han afligido en Figueira á Luis Taboada.

El caso es que se averiguó la existencia de llaves dobles, las cuales entregaban los herreros á las bellas á cambio de la susodicha flor.

¡Y aquí fué Troya! Por un lado los cortesanos de Enrique III, á quienes el artefacto hacía poca gracia, y por otro lado los enamorados donceles, que se veían traicionados por la ganzúa, fueron á buscar al quincallero y le amenazaron de muerte si continuaba la venta de los candados de seguridad.

El hombre, asustado, arrojó á los retrates cuantos útiles le quedaban, y así se desterró el uso de aquellos candados y de aquellos cinturones, á los cuales llama justamente Brantome *abominables et détestables ennemis de la multiplication humaine*.

* *

El famosísimo abate que ha dejado escrita confiadamente y desenfadada exactitud la crónica de la prostitución francesa en el siglo XVI, estuvo algún tiempo en Madrid y conoció y trató á varias damas españolas, de las cuales alaba mucho el ingenio.

Varias anécdotas que cuenta sin paliativo alguno se refieren á España, y hay frases y párrafos enteros escritos en español con equidad y relativo aseo.

Y como quiera que al hablar de los candados para nada se refiere Brantome á nuestra patria, bueno es hacer constar que aquí no debieron de hacer falta jamás llaves ni ganzúas, y que la *multiplication humaine* siguió siempre, en buen hora lo digamos, su curso majestuoso y regular.

Por eso es más vituperable la conducta del Otello madrileño que en pleno fin de siglo desentierra un aparato vil condensado á muerte hace trescientos años, y á quien yo impondría simplemente la pena del talión.

Y aquí se acabó la presente historia, en cuya relación he tratado de seguir los preceptos de Boccaccio, que al final de su célebre *Decamerón* dice que no hay cosa deshonestá que con onesti vocaboli *dicéndola, si diadica ad alcuno*.

—Conque quedan ustedes enterados; perdónemne si va sin candado mi moral, y basta de erudición, que para quince céntimos creo que hay sobrante.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

UN EJEMPLO

A un actor cuya modestia al mérito se igualaba, con lo cual decía que ha muerto juzgo que ya no hace falta, recurrió en su decadencia no sé qué junta de damas que un venturoso beneficio de organizar se ocupaba. De aquellas nobles señoras oyó el actor las palabras, y tras lanzar un suspiro que ocultaba mal sus lágrimas, esbozando una sonrisa entre galante y amarga, en tono un poco afectado se limitó á contestarlas:

«Aunque tengo la costumbre de no saber negar nada si la desdicha lo exige ó la bondad lo demanda, á falta de otra respuesta más categórica y franca, les voy á contar un cuento, y valga por lo que valga.

Hubo, no me acuerdo dónde ni aquí la fecha hace falta, una catástrofe horrible en cierto pueblo de España. Las pérdidas fueron muchas, infinitas las desgracias y hubo, entonces como ahora, tanto empeño en remediarlas, que si el rico su dinero dió sin medida ni tasa,

decían su humilde trabajo las clases no acomodadas. Pasóse á los beneficios, y como se organizara una corrida de toros en una de nuestras plazas, mientras que los matadores de más renombre y más fama con noble desprendimiento se ofrecieron á lidiarla, la comisión una tarde recibió esta breve carta: «Como mi mayor deseo es que el beneficio salga á satisfacción del público y produzca mucha plata, para mayor lucimiento de la corrida anunciada, en ella me comprometo á no torrear. — *El Randa.*» ¡Y cómo sería el diestro, que la comisión en masa le contestó para darle las más expresivas gracias!

¿Qué opinaron de tal cuento las caritativas damas? ¡El modesto veterano salió por fin á las tablas! Ni jamás lo hemos sabido, ni averiguarlo hace falta. Baste pensar en que mucho, pero mucho, se ganara si más de cuatro el ejemplo siguieran siempre del Randa.

ÁNGEL R. CRAVES.

* *

LA MAR EN CASA

En la villa cortesana me quedo, y eso me gana: yo no salgo en el verano porque no me da la gana.

¡Ha acordado el director que concesiones no den! Pues yo no vijo en el tren sin billetes de favor.

De balde, un siniestro aciago se puede sufrir en calma; pero ¡promperse uno el alma y pagarlo! ¡Yo no pago!

El que rinde culto al arte no es un vil contribuyente. ¡Un autor *mejor decente* no paga en ninguna parte!

No hago á la empresa un favor con *ir gratis* enjaulado? No pagando un diputado, ¡va á pagar un escritor?

Cuando no paga jamás ni ministro ni excelencia, ¡va á pagar *una eminencia!*... ¡Pues no faltaría más!

Así la cuestión alleno y á los gastos pongo tasa. Nadar que me quedo en casa lo que queda de verano.

Los calores no me apuran en esta villa del oso. Madrid no es tan caluroso como algunos se figuran.

Al sol, la fatiga crece, que al fin es sol español; pero en poniéndose el sol... hay sombra hasta que amanece.

Para no veranear tengo además un motivo, porque yo en mi casa vivo como en un puerto de mar.

Hay dos marinas *divinas* en mi despacho colgadas, y de sus olas rizadas se escapan brisas marinas.

Sin adulación lo digo, pues no me las regalaron. ¡Buen dinero me costaron aunque el pintor es amigo!

¡Qué prodigio de verdad!... ¡Al mirar, no me convenzo si lo que miro es el lienzo ó la misma realidad!

Cielo gris, densa la bruma, olas que van engrosando y que rompen levantando penachos de blanca espuma.

De la creciente marea sordos rumores ligeros; cánticos de marineros y olor á marisco y brea.

Preparándose á zarpar un navío poderoso que se columpia orgulloso poniendo la proa al mar.

Un bote, al buque amarrado, esclavo del calabrote... ¡Vamos, que yo salto al bote el día menos pensado!

Dejo el tranquilo reposo por la faena intranquila, y no paro hasta Manila, que es un viaje delicioso.

Pues, si frescura me dan esas marinas *divinas*, no busco *salas marinas* ni voy á San Sebastián.

A los gastos pongo tasa y evito incomodidades. ¡Con las marinas de Abades tenemos la mar en casa!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

AMOROSAS

Ya me voy haciendo viejo. ¡Sabes en qué lo conozco? ¡En que me gustan las niñas con los vestiditos cortos!

Si tus labios quemaran, monona mía, ¡con qué placer en ellos me abrasaría!

Tonto llaman las gentes al que de pronto
derrocha su fortuna con las doncellas...
¡Ojalá fuera rico para ser tonto,
porque nada en el mundo vale lo que ellas!

En el libro del amor
el prólogo es lo mejor,
y hay que leerlo con calma,
porque de ese modo el alma
encuentra el placer mayor.

Y, sin embargo, sucede
que el buen propósito cede
ante la pasión que abrasa,
y siempre el lector lo pasa
lo más de prisa que puede.

Dame un abrazo en vez de un juramento,
que es más práctico el goce de un momento
que cien palabras de las hijas de Eva,
pues las promesas se las lleva el viento
y el abrazo soy yo quien se lo lleva.

Te burlas de mi pasión,
y haces con ella, Asunción,
de la Cibelés el juego.

Quitar el pilón. y luego...
volver á hacer el pilón.

SINESIO DELGADO.

CONSEJO

Si te seduce el amor
y te pretendes casar,
escúchame por favor:
elige un ser muy vulgar,
¡cuanto más vulgar, mejor!
No pienses en un artista,
ni médico, ni abogado,
ni sabio, ni periodista:
¡suele haber cada chiflado
que no hay Dios que lo resistal!
Los maridos escritores
piensan de noche sus dramas
y suelen soñar horrores,
á más de que en sus furoros
rompen por cientos las camas.
Como ellas son muy nerviosas
y ellos suelen ser nerviosos,
pasan noches horribosas
las infelices esposas
que dan con tales esposos.

Nada, nada; muy presente
mi leal consejo ten:
para marido excelente,
marido que duerma bien
y ronque perfectamente.

No pienses en eminencias,
desprecia las importancias,
los prestigios é influencias:
las grandes inteligencias
tienen mil extravagancias.

Y las muchachas solieras
piensan cosas lisonjeras
y luego, al verse casadas,
por soñar tales quimeras
suelen ser muy desgraciadas.

No te suceda tal cosa;
si tú quieres ser dichosa,
coloca siempre en tu amor
mucho prosa, mucha prosa:
¡cuanto más prosa, mejor!

JOSÉ BORRÁS Y BAYONÉS.



El Sr. D. Enrique Sepúlveda, en uno de los últimos números de *El Día*, dedica al MADRID COMICO un largo párrafo encomiástico.

Estos elogios espontáneos, entre personas que ni siquiera se conocen personalmente, sólo los del oficio sabemos lo que valen.
¡Conque figúrese el Sr. Sepúlveda si se lo habremos agradecido, y con cuánta sinceridad haremos constar aquí la expresión de nuestro agradecimiento!

Yo creo tu virtud fuerte almenado
que se entrega sin miedos al reposo
viéndose por su foso resguardado.
¡Pero anda con cuidado,
porque llenando de dinero el foso
es muy fácil pasar al otro lado!

FEDERICO CANALEJAS.

De los Avisos útiles:

«Roma. Prefiero un desengaño que este martirio.»
Vaya, pues voy á darle yo á usted otro aviso útil:
¡Ahí no se puede decir que. Se debe decir á.
Y estamos en paz.

¡Conque á Colón, por descubrir un mundo,
le echas un centenario? ¡Pus maldito!...
Y á mí, por descubrir una maleta,
me mandó el señor juez al Abanico!

MIGUEL PORTOLÉS.

Se ha verificado en Salamanca el acto de descubrir la lápida conmemorativa de la llegada de Colón al convento de San Esteban.
Y dice así la inscripción:

«Desvelado Colón por el parecer unánime de una Junta cortesana, viene á Salamanca, y hospedado en este convento, es comprendido por fray Diego de Deza, que, catedrático de prima, trae á la opinión del marino á los maestros más insignes de la escuela.

«Al ser presentado esta vez por el prior Magdalena á los reyes es admitido á su servicio el 20 de Enero de 1486, con esperanzas ciertas, que al fin se realizan el 92.»

¡Muy bien!

Dentro de un par de siglos, en cuanto se borran un poco las letras, no van á entender la inscripción los anticuarios.

Porque ahora mismo, acabadita de poner, no la entendemos nosotros.

Libros:

Notas agraes se titula un nuevo libro que acaba de dar á la estampa el hábil y popular dibujante Pons. Le forma una preciosa colección de intenciones y graciosos dibujos que ocupan 250 páginas, y cuesta 3,50 pesetas.

El ómnibus, juguete cómico en un acto y en prosa, original de D. Edmundo de C. Bonet y D. Pascual Montagut, estrenado con gran éxito en el Teatro de Razafa, de Valencia.

El niño ciego, opereta en un acto y tres cuadros, original de D. José Ruiz-Congo, música del maestro Taboada Stetger, estrenada con buen éxito en el Teatro del Tivoli.

Los de la nuera de elogi, colección de artículos de crítica de D. José Femel (*Angel Franco*), de Mazatlan, México.

La mujer de mi negro, juguete cómico en un acto y en prosa de los señores Montagut y C. Bonet, estrenado en el Teatro Razafa.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. P.—Soñar que se abraza á una niña y sacras de la cama abrazando á la atmósfera solamente, tiene su humorismo, pero trasnochado por desgracia.

Afiso.—La intención es buena, la forma no es mala, pero no podemos admitir artículos. Porque hay muchos de casa.

Pruebas.—Lo que usted cuenta es histórico y se ha contado ya. Y antes que se me olvide, el penúltimo verso tiene una sílaba de más, que le está estorbando.

P. Nacha.—Usted no será poeta de corazón, como usted dice, pero es usted un guasón de primera fuerza.

Gua... gua.—Vamos allá con el primer cuarteto á Paulina:

«Pasaréme el resto de mi vida
colmándote de caprichos y deseo...»

¡Usted iba á colmarla de deseo y caprichos? ¡Hombré, no!
Los tendría ella solita, si á usted le parece. Adelante.
«un alma y gloria pareceme que veo...»

Á mí también *pareceme que veo* más sílabas de las que fuensamente debían esperarse.

«en tus claras papilas enardecida...»

¡Atiza! Y así es todo el soneto. Conque... ¡ayúdeme usted á sentir!

Clemente.—El asunto, como usted comprende, más es de losa funeraria que de periódico festivo. Además, he de advertirle que *honrades y llegué, honrades y fe, divina y querida* no son consonantes, ni siquiera pretenden serlo.

Sr. D. D. R.—Bastante medianamente versificada.

Sr. D. C. V.—La Guardia.—Se recibieron las ocho pesetas en sellos.

Sr. D. R. S.—Valladolid.—El nuevo libro de Taboada está dispuesto para la venta. Esperamos la llegada del autor, que tardará muy pocos días.

Palanquista.—«Quisiera ser un poeta,
mas no tengo inspiración,
ni ciencia ni ilustración...»

No es lo malo que lo diga usted al principio, sino que lo prueba usted enseguida.

Sarría.—Se ha equivocado usted lastimosamente. Aquí no se admite dinero por nada ni por nadie.

S. Juan.—El caso es que no cuenta usted las sílabas. Y eso es lo que hay que hacer... para convencerse de que no se tiene buen oído.

Pinson.—Mándeme usted de nuevo, con su firma, el sexto y el octavo, que pueden publicarse.

Zapatilla.—Siento no poder decir á usted lo mismo.

Susurro.—Tiene mucha razón el pariente.

Larido.—Este año vamos mal; porque no me gustan lo bastante ninguno de las dos. Mándeme usted otras.

Omega.—Vulgar el asunto y un tanto descuidada la forma.

Perico.—Resulta larga para la pequeñez del asunto.

Cachap.—Ahí va lo primero:

«A una mujer hermosa
amé yo como un loco;
y en pago á mi cariño
fué y me dejó por otro.»

Lo cual no tiene nada de particular. Porque lo mismo había hecho antes la Musa.

Sr. D. M. R. A.—Voy á decirle á usted una cosa: que *tear* y *aragometer* no son consonantes. No sea que vaya usted á morir en el error y sea una lástima.

Un hijo de Pelayo.—No tengo la menor idea de esemonólogo. Dirjase usted á la galería dramática de Fiscowisch, Pozas, 2.

ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36



Acude la multitud de día y noche á beber cognac fino de *Moguer*, que da alegría y salud.
Sobrinos de Guínea, Carretas, 27.

Acudid á *Tirso Pérez* las hembras y los varones, que si flemones trujeréis, volveréis sin los flemones.

Mayor, 73.



Se dice que ha muchos días la compacta muchedumbre ha tomado por costumbre comer en *Las Tullerías*.

Matute, 6.

Y cómo le han de quedar pantalones á *Fesquera*, si allí los quiere comprar á un tiempo la Europa entera?

Magdalena, 20.



Las camisas de *Martínez* tienen tal fama de buenas, que para comprar alguna hay que hacer cola á la puerta.

San Sebastián, 2.



Toda la gente más principal bebe anisado de *El Imparcial*.

Vicente Lóbez.—Zaragoza.

¡Qué bien que nos sirve!
¡Qué bien nos arregla!
Tomás, peluquero, Alcalá, 40!



GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



No conozco regalo más oportuno que una cama de hierro recién comprada del *Bazar de la Plaza de la Cebada*, número uno.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera planta.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO